

# american most wanted

Texto **Philipp Engel**  
Ilustración **Tamara (Anacronic)**



**Tao Lin**  
NUEVA YORK, 1983

“**H**aley Joel Osment la abrazó y pensó ‘Ha perdido interés en mí, se acabó, volveré a estar solo cada día en la biblioteca’. Pero cuando ella despertó, se besaron, y Dakota Fanning le desabrochó el cinturón y se metió el pene de Haley Joel Osment en la boca. Unos diez minutos después, él pensó ‘No habría hecho eso si no quisiera verme más’”. Tao Lin (“Richard Yates”).

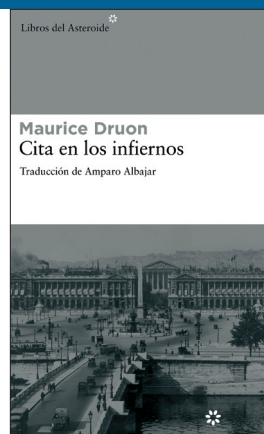
Naturalmente, Haley Joel Osment no es Haley Joel Osment y Dakota Fanning tampoco es Dakota Fanning. Haley Joel Osment y Dakota Fanning son los *nicknames* de un chico y una chica que probablemente se conocieron a través de internet porque a él le hizo gracia que ella se llamara Dakota Fanning y a ella que él se hiciera llamar Haley Joel Osment. Debieron pensar que estaban hechos el uno para el otro. Pero sobre todo, Haley Joel Osment y Dakota Fanning, dos nombres que se repiten en casi todas las páginas de “Richard Yates” a modo de insistente *running gag*, es una de las gracias de esta novela de Tao Lin, de la que tanto se está hablando por todas partes. La otra es que el título, “Richard Yates”, apenas tiene nada que ver con lo que ocurre en las páginas del librito en cuya portada rosa aparece una niña haciendo *tsst tsst* como si se tratara del anuncio de una película de Barbie. El momento más yatesiano llega cuando Haley Joel Osment utiliza un libro del venerable escritor barbudo a modo de alfombrilla para el ratón del ordenador a través de cuyo Gmail se comunica constantemente con Dakota Fanning, que no vive en Manhattan sino en un suburbio algo alejado de Nueva Jersey. Lo mismo podría haberse titulado Dan Clowes, autor que también aparece nombrado varias veces y que tal vez corresponda más al espíritu de una novela profundamente contemporánea que se asemeja a la plana descripción de las viñetas de un cómic en el que no ocurre gran cosa. A todo esto, confieso que no sabía nada de la existencia de Tao Lin hasta que,

ingenio de mí, pedí el libro engañado por la promesa de su título. Ni siquiera tenía idea de que ya se había publicado un libro suyo en nuestro país hace un par de años: “Eeeee, eee, eeee” (El Tercer Hombre). Pero a medida que “Richard Yates” venía a mi encuentro, me fui informando.

Básicamente, Tao Lin reproduce –copiando, pegando y adecuando al papel extractos de mails y chats– lo que fue su vida hace unos años, cuando mantuvo una relación con una menor con problemas de sobrepeso que vivía con su madre a unas horas de tren. Se ven poco. Cuando ella viene a Nueva York, hablan de veganismo y roban en tiendas (un tema ya desarrollado por Tao Lin en su nouvelle inédita “Shoplifting from American Apparel”), y cuando él la visita se esconde en su habitación y mantienen relaciones sexuales a espaldas de la madre, único personaje con entidad al margen de la pareja y mujer hastiada por la que el lector acabará sintiendo cierta empatía. El lector, o cierto tipo de lector, porque “Richard Yates” es una de esas novelas, podríamos atrevernos a decir que experimentales, pensadas para poner a prueba la resistencia del mismo, formando finalmente un exclusivo club cuyos miembros serán reconocibles por su sonrisilla de entendidos en el asunto. En lo que a mí respecta, creo que mi sonrisa es más bien oblicua. La relación que mantienen Dakota Fanning y Haley Joel Osment puede haberme traído recuerdos, cada vez más lejanos, y a la vez llevado a la meditación sobre un deprimente presente, cada vez más virtual, en el que la deconstrucción, o más bien destrucción, del lenguaje, viciada por la hipercomunicación que nos brindan las redes sociales, parece inevitable. Tao Lin dispone de una web ([hehehehehehehehehehehehe.com](http://hehehehehehehehehehehehe.com)) en la que despliega todas sus actividades, tanto en su faceta de ladrón de prendas como en la de escritor de moda, pero este cronista no se deshace de la impresión de que simplemente ya ha tenido bastante.

“Cita en los infiernos”  
**Maurice Druon**

LIBROS DEL ASTEROIDE



Sólo un caballero con las virtudes de Maurice Druon podría haber sido capaz de llevar a cabo un análisis tan profundo, veraz y exhaustivo de la alta sociedad francesa de finales del s. XIX y principios del s. XX. Miembro de la Real Academia de la Lengua Francesa, ex-combatiente durante la Segunda Guerra Mundial –posteriormente a las órdenes de DeGaulle–, compositor de los versos, nada menos, del “*Chant des partisans*” –el himno de la resistencia francesa por antonomasia–, ministro de cultura en 1974 y autor de una cincuentena de obras que destacan por sus análisis económicos y socio-políticos.

Previamente ya fue capaz de alzarse con el premio Goncourt en 1948 por el génesis de la obra que nos ocupa, “Las grandes familias” que iniciaba una de las trilogías más fascinantes jamás escritas en la que se narra la lucha encarnizada por los dominios económicos de dos de las familias más poderosas de París, La Monnerie y Shoudler. A través de sus dos secuelas, “La caída de los cuerpos” (título con referencia darwinista más que obvia) y su última entrega, “Cita en los infiernos” (Dante, por supuesto), describe con una precisión apabullante todos los detalles de la debacle de un imperio forjado en la avaricia y el ansia de supremacía.

Con el fallecimiento del capo de la familia Shoudler llega el fin de una era que queda a merced de sus vástagos Marie-Ange y Jean-Nöel Shoudler en plena antesala de la Gran Guerra que concluiría con el nacimiento del capitalismo tal y como lo conocemos hasta nuestros días. En contadas ocasiones se tendrá la oportunidad de asistir a una narración tan detallada, tan humanista, de la destrucción total del espíritu y el hundimiento económico cifrados en pro del egoísmo adquirido a través de dos generaciones por la persistencia de los bienes individuales. Druon, a lo largo de su última entrega advierte en todo momento una moraleja, “*Quien mal anda, mal acaba*”. “Cita en los infiernos” deja que el peso de la narración transcurra de acuerdo con los actos sus personajes cayendo de pleno en el caos más absoluto, recurriendo a las medidas más desesperadas por la supervivencia de los despojos de la dinastía, mientras que, contrariamente a lo esperado por sus protagonistas y los propios lectores, el poder absoluto queda en manos del proletariado tan bien representado por el personaje de Simon Lachaume. Una de las lecturas más ricas y fascinantes que conviene ser leída por cualquier amante de la literatura humanista, la figura de Druon como escritor es tan relevante como la de Tolstoi o Mann y debe ser respetada. **Matías Bosch**